

HOMILÍA NUESTRA SEÑORA DE LOS ÁNGELES (Dos de Agosto de 2004)

Muy queridos hermanos sacerdotes concelebrantes;
Querido Hermano Mayor, Junta Directiva y Camareras de la
Congregación de Nuestra Señora de los Ángeles;
Queridos amigos y hermanos:

Con gozo nos reunimos un año más para celebrar la fiesta de Ntra. Sra. de los Ángeles, Patrona de la Ciudad de Getafe y Patrona de la Diócesis; y con el recuerdo todavía vivo en nosotros de D. Francisco, nuestro querido Obispo que, desde el cielo participa en esta celebración que, durante tantos años, él ha presidido.

Es un momento especial de encuentro de los hijos con su Madre. Acudimos a ella con nuestras preocupaciones y alegrías para darle gracias por su protección y su intercesión constante y para pedirle que nos ayude y proteja para afianzar nuestra fe, crecer en el amor y fortalecer nuestra esperanza; y para que Ella nos conduzca a la fuente de toda gracia y de toda sabiduría que es su Hijo Jesucristo, nuestro Señor.

En las letanías del Santo Rosario invocamos a la Virgen con el bello título de “Trono de la sabiduría”. La sabiduría creadora de Dios que, como hemos escuchado en la primera lectura (Proverbios 8), hizo los cielos y la tierra y llenó de sentido, de armonía y de belleza la creación entera y dentro de ella, al hombre mismo, como imagen suya, al llegar la plenitud de los tiempos se hizo hombre en las entrañas purísimas de la Virgen María.

En María la sabiduría de Dios se pone a nuestro alcance, se nos acerca, se humaniza. La Virgen María nos muestra en su Hijo Jesús, la sabiduría eterna de Dios. Por eso, con toda propiedad, podemos decir que María es el trono de la sabiduría de Dios, la sede de la sabiduría de Dios. Y acudiendo a María con devoción y amor tenemos la certeza de que en ella encontraremos siempre esa luz divina, esa sabiduría escondida, capaz de descubrirnos los secretos de una vida humana auténtica y de una sociedad capaz vivir en paz, fomentando y cuidando la vida y haciendo posible que en todo momento brille y sea respetada la dignidad del hombre.

Y, María, no sólo nos muestra la sabiduría de Dios, sino que en su vida nos revela las maravillas que esa sabiduría de Dios es capaz de realizar en la criatura humana; nos muestra, además, las actitudes interiores que hemos de vivir para que esa sabiduría transforme nuestras vidas y nos haga vivir según el modelo y la imagen de su Hijo Jesucristo. Son las actitudes

que aparecen en el precioso relato de la Anunciación. Las actitudes de la confianza en Dios y de la escucha atenta de su palabra, las actitudes de la alegría, del servicio y de la plena disponibilidad para hacer en todo momento la voluntad de Dios.

Vivimos unos momentos en nuestra sociedad y en nuestra cultura en los que, de una manera muy especial, necesitamos esa sabiduría divina que la Santísima Virgen nos ofrece. Vivimos momentos de gran desconcierto en los que, con excesiva frecuencia, se confunde el mal con el bien y el bien con el mal.

Y quiero hoy referirme, para ponerlo delante de nuestra Madre la Virgen María y pedir su protección, a un tema tan delicado y tan querido para nosotros como es el tema de la familia y el tema de la educación de la conciencia moral de los jóvenes.

Todos nos sentimos verdaderamente conmovidos cuando diariamente escuchamos noticias de malos tratos en la vida familiar, particularmente a la mujer y a los niños. Y nos sentimos hondamente preocupados cuando vemos el egoísmo e incluso la violencia que, con tanta frecuencia, se manifiesta en las relaciones sociales, en el mundo laboral y hasta en los lugares de ocio y diversión; y que provocan en tanta gente actitudes de individualismo, de indiferencia ante el sufrimiento humano y de único y exclusivo deseo de ganar mucho dinero y disfrutar sin tener en cuenta a los demás y sin ningún tipo de esfuerzo y sacrificio. Se nos parte el corazón cuando vemos a tantos ancianos o enfermos crónicos o minusválidos, que viven en la más absoluta soledad afectiva. Y nos sentimos verdaderamente asombrados y abrumados ante la gravedad de temas tan absolutamente incomprensibles como la insensibilidad social ante los setenta mil abortos que se han provocado en España en el año pasado o los cientos de muertos y miles de heridos que constantemente se producen, por accidente, en nuestras carreteras, en muchos casos por verdadera imprudencia o incluso temeridad.

Todos estos hechos, no son sino síntomas de una grave enfermedad que sufre nuestra sociedad y que tiene su origen último, y más importante, en el desenfoque y deterioro de la institución familiar y de la educación de los jóvenes. Por eso necesitamos de la sabiduría divina, que hoy pedimos fervorosamente a la Virgen, para descubrir la identidad auténtica de la verdadera familia y para encontrar caminos de una educación humanizadora que conduzca a los jóvenes hacia los valores que dignifican a la persona humana.

Cuando la Iglesia defiende algo tan obvio, admitido siempre en todas las culturas, como es que el matrimonio auténtico y la verdadera familia están constituidos por un hombre y una mujer que se aman y que están abiertos, porque así lo establece la naturaleza misma, a la complementariedad mutua y al don de la vida; y cuando defiende que esta institución natural es el ámbito propio para la educación de los hijos -porque si no hay hijos no hay sociedad- y la base de la estabilidad de la sociedad misma y de su propio futuro, y lo defiende con tanta insistencia, y contra viento y marea, y siendo objeto en muchos casos de ataques y burlas por parte de poderosos grupos mediáticos, lo único que hace es defender la dignidad del hombre y el bien de la sociedad. La Iglesia no está en contra de nadie, ni se opone a que se dé forma jurídica a otro tipo de uniones, ni pretende excluir de su preocupación y cuidado a personas que sufren un trato vejatorio por su orientación sexual, y condena este trato vejatorio. La Iglesia lo único que hace es defender y afirmar la verdadera familia. No hay diferentes modelos de familia. Sólo existe un modelo de familia. No sembremos la confusión en los niños y en los jóvenes. Respetemos lo que la naturaleza misma, fruto de la sabiduría divina ha dispuesto. Y apoyemos y ayudemos a la familia. Ayudemos a los padres en la educación de los hijos. Pidamos a las instituciones públicas que ayuden a los padres en esta responsabilidad y que respeten el sagrado derecho de los padres a educar a sus hijos según sus convicciones morales y religiosas, facilitando legalmente, también en la escuela pública, el ejercicio de este derecho.

Que la familia sea el ámbito, fundamental y básico, para educar en la paz, en el amor a la vida, en el respeto a los mayores, en el diálogo fecundo y constructivo entre viejos y jóvenes, varones y mujeres, en el sacrificio, en el trabajo, y en el firme deseo de contribuir con su esfuerzo al logro de una sociedad pacífica en la que reine no sólo el bienestar material sino el bienestar total de la persona, ese bienestar que tiene su fundamento en las exigencias de la naturaleza misma del ser humano y en la auténtica libertad.

Le pedimos a la Virgen, Reina de los Ángeles, Trono de la sabiduría, que proteja a nuestras familias y a todas las familias del mundo, y que nos conduzca a Jesucristo, Camino, Verdad, y Vida (cf Juan 14,6) para que en Él encontremos la luz y la sabiduría necesarias para asumir cada uno nuestras responsabilidades y contribuir de esta manera al bien de la sociedad.